

Reales Sitios

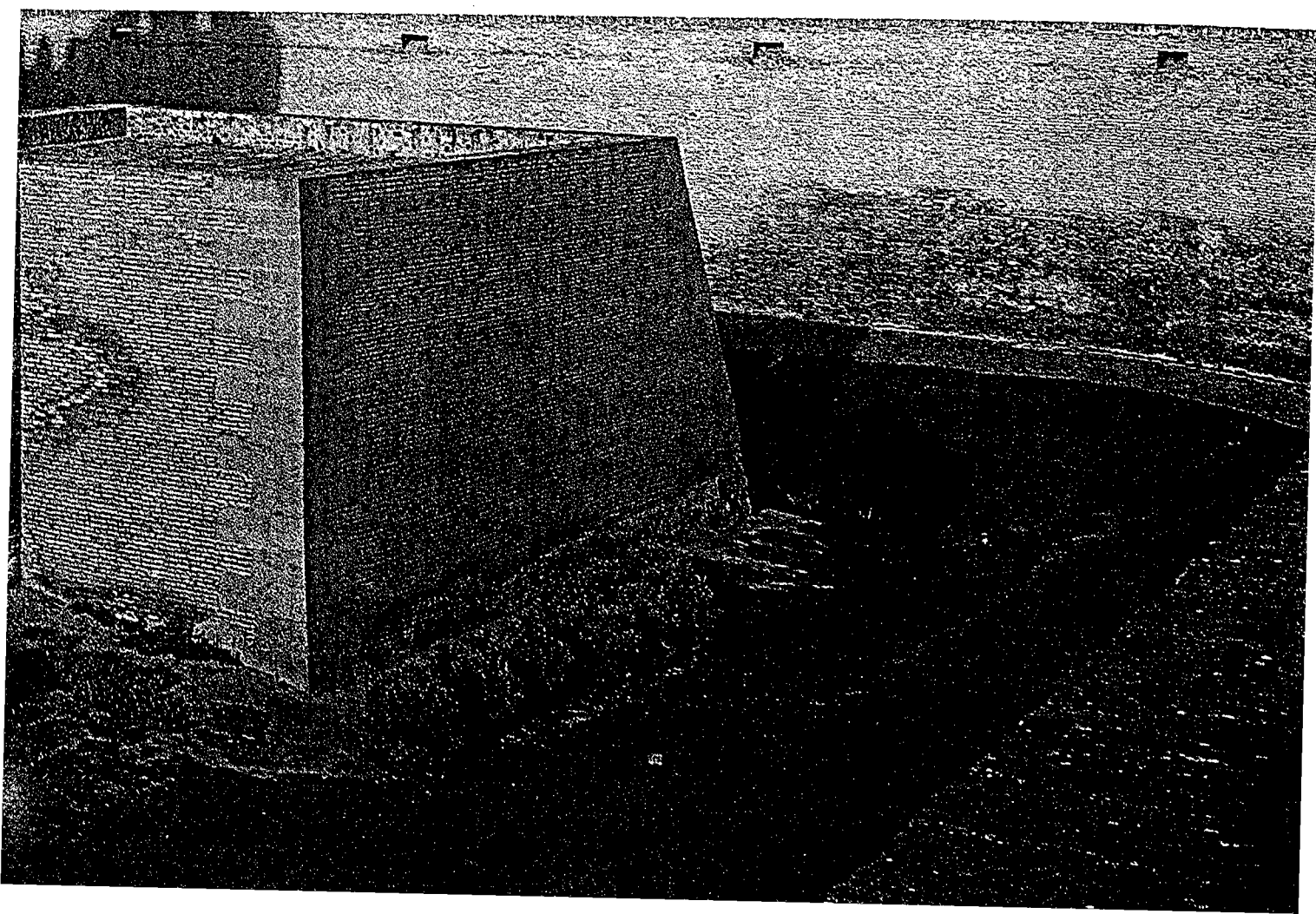
REVISTA DEL PATRIMONIO NACIONAL AÑO XXXIV N° 134 (4º TRIMESTRE 1997) 900 PTAS (IVA INCLUIDO)



IV CENTENARIO DE FELIPE II

La fortaleza de Felipe II en la Aljafería de Zaragoza

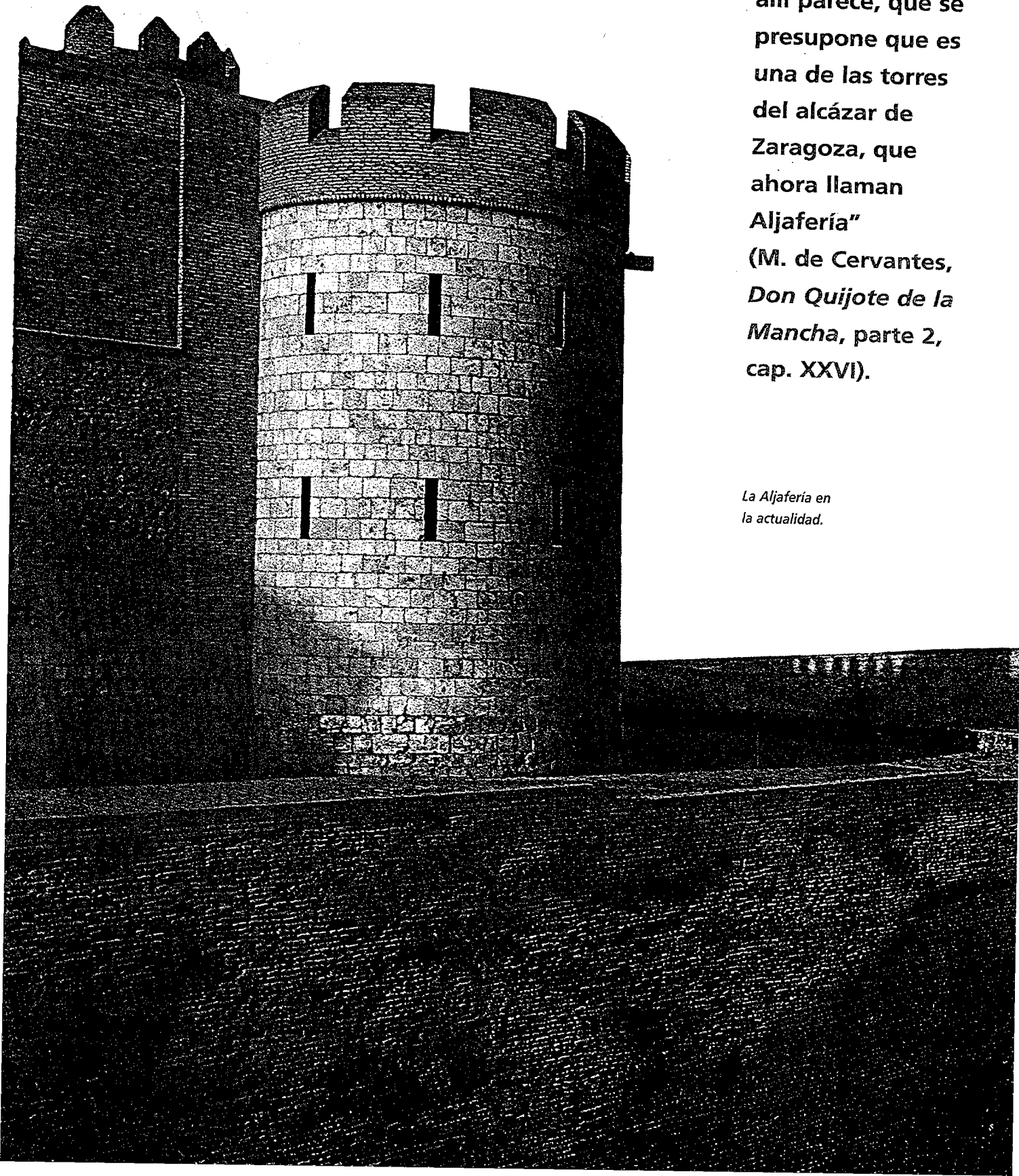
Por Alicia Cámara Muñoz



**"Vuelvan vuesas
mercedes los ojos
a aquella torre que
allí parece, que se
presupone que es
una de las torres
del alcázar de
Zaragoza, que
ahora llaman
Aljafería"**

**(M. de Cervantes,
*Don Quijote de la
Mancha*, parte 2,
cap. XXVI).**

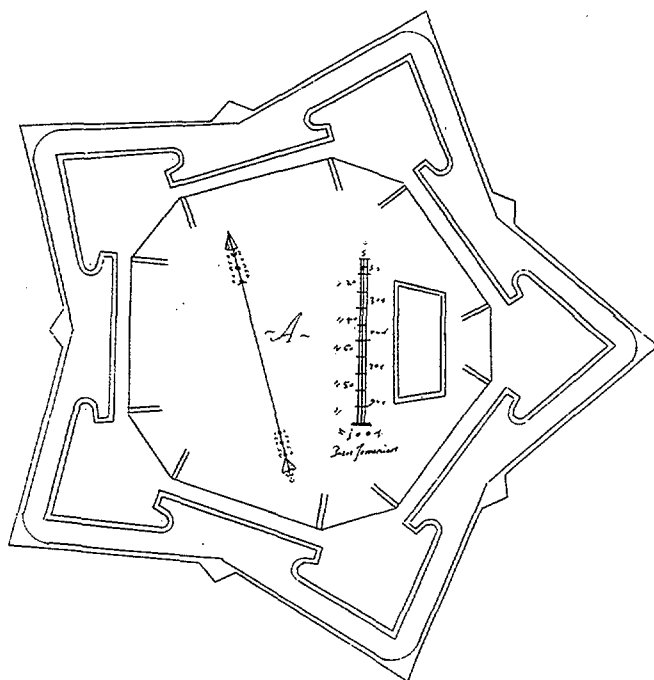
*La Aljafería en
la actualidad.*



Desde que Cervantes, quien estuvo en Zaragoza hacia 1568¹, viera la Aljafería, hasta los años finales del siglo XVI, ésta cambió sus funciones y sobre todo su imagen, de tal manera que difícilmente la hubiera reconocido de haber pasado por ella hacia 1596. Las reformas realizadas en el palacio de la Aljafería en Zaragoza por el ingeniero Tiburzio Spannocchi (Spanoqui)² a partir de 1592 constituyen uno de los más interesantes ejemplos de síntesis entre un palacio preexistente y una fortaleza, que siguió los principios de la fortificación abaluartada, durante el reinado de Felipe II. Si a ello se añade el que fue lo que hoy llamaríamos una intervención sobre un edificio histórico, y que eso fue tenido en cuenta por el ingeniero responsable de las reformas, podremos concluir que nos hallamos ante una obra que, desde el punto de vista de la historia de la arquitectura, merece ser conocida, independientemente de otras consideraciones que se irán poniendo de manifiesto a lo largo del texto.

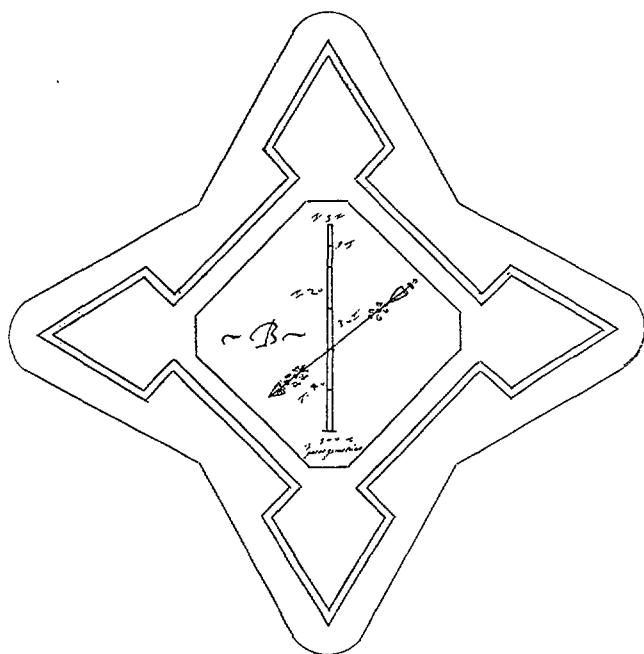
LOS PRIMEROS INFORMES

Los acontecimientos desencadenados por la huida de Antonio Pérez llevaron al Monarca a plantearse la necesidad de construir una ciudadela en Zaragoza, que sirviera como sede del poder del Rey frente a una ciudad de cuya lealtad se desconfiaba. La construcción de ciudadelas formó parte de la política de la Monarquía para controlar las ciudades de aquellos reinos que se habían rebelado o cabía la sospecha de que lo hicieran. Así, se habían construido la ciudadela de Amberes, la de Pamplona y, en los mismos años en que se hace necesario construir la ciudadela de Zaragoza, el ingeniero Spanoqui proyectará la ciudadela de Jaca³. Todas las citadas eran pentagonales, esa tipolo-



Planta, en forma de pentágono, de un fuerte para la ciudad de Zaragoza. 1592. Archivo General de Simancas.

Planta de un fuerte, diseñado para la ciudad de Zaragoza. 1592. Archivo General de Simancas.



gía que aúnaba la eficacia para la defensa con un coste más bajo que el que exigían las de más baluartes.

En los dibujos que acompañan al primer informe sobre lo que se puede hacer en Zaragoza⁴ uno de los proyectos es precisamente el de una ciudadela pentagonal, aunque sin la envergadura que tendrá la ciudadela de Jaca, por lo que cabe hablar de fuerte. El otro es cuadrangular, es decir mucho menos costoso, pero a la vez menos efectivo, tal como se sabía ya desde hacía tiempo en la ciencia de la fortificación. Eran las formas más comunes en la arquitectura militar de finales de siglo: también fueron uno cuadrado y otro pentagonal -si bien más elementales- los proyectos de fortificación presentados para ser examinado como ingeniero por el capitán Pedro Ochoa de Leguizamo en 1596⁵, un personaje ligado a proyectos en los territorios americanos. La práctica de la profesión había llegado por tanto a eliminar las fortificaciones de más baluartes a finales de siglo, aunque siguieran siendo objeto de estudio y de atención para los tratadistas.

Desde el principio, si bien se pensó en hacer uno de estos dos fuertes en otros puntos de Zaragoza, estuvo entre las prioridades "aderezar algo" la Aljafería, edificio que, al igual que sus ocupantes (la Inquisición) había jugado un papel importante en los sucesos que llevaron a tomar la decisión de hacer una fortaleza en la ciudad. Todo ello se planeó al mismo tiempo que se derribaban todos los castillos, casas y torres fuertes de las montañas propiedad de los señores rebeldes o sospechosos de serlo. Una intervención del poder verdaderamente contundente para controlar el reino, aunque en la documentación haya datos sobre las dudas planteadas en algunos casos concretos a la hora de proceder a los derribos. Fueron la excep-

ción, ya que, por un lado se arrasaron los recintos de poder de determinados señores y, por otro, la Monarquía construyó un nuevo recinto de poder en la ciudad. Una verdadera ciudadela aunque hubiera de adaptarse finalmente a una construcción preexistente.

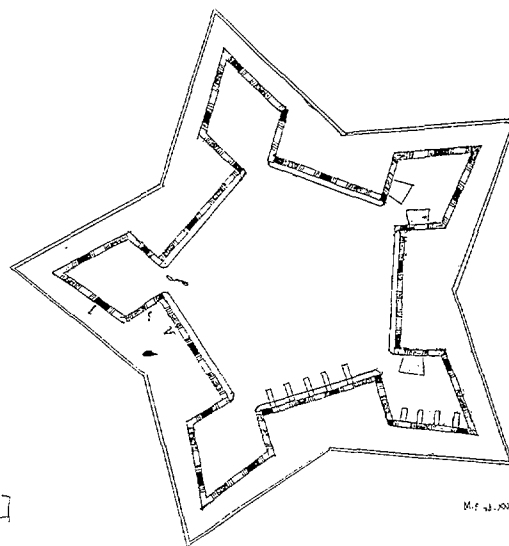
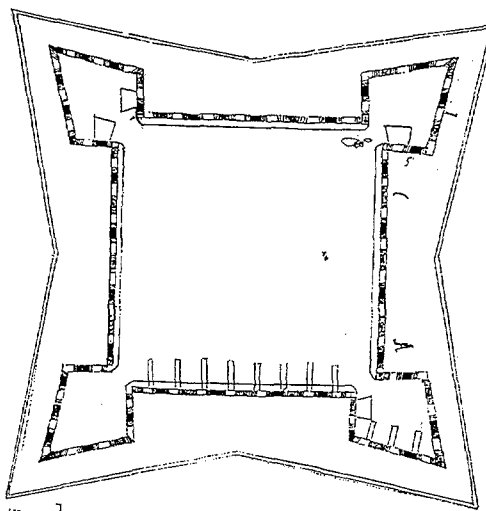
El proyecto global para el territorio incluía derribar las murallas de Jaca, donde se acabará construyendo la ciudadela, pero en cambio se iban a salvar, convertidos en fortalezas del Rey, los castillos de Benasque, Canfranc y Castel León, así como la llamada ciudadela de Ainsa. No sólo hacía falta para todo ello dinero, municiones, pertrechos y gente de guerra, sino aumentar los impuestos, así que la transformación de la Aljafería se inscribe en un proceso altamente costoso desde el punto de vista económico para la Monarquía, lo que nos llevará a valorar aún más el carácter prioritario que adquirió en un determinado momento al destinar a ella medios que tan necesarios eran para tantos lugares como había que fortificar.

Las primeras gestiones, al igual que las sucesivas, hubieron de hacerse “con disimulación”; por ejemplo, para asegurar Benasque y Castel León fueron allí en secreto el Gobernador y el castellano de Castel León “fiados en los amigos”. En el informe del capitán Francisco de Miranda, que acompaña la planta de la ciudad de Zaragoza que reproducimos, y en el que se indica la posible ubicación de los fuertes, el texto se envió cifrado ⁶: tales eran las precauciones que se hacían necesarias en todo momento, para evitar que los enemigos pudieran enterarse de los proyectos de defensa emprendidos.

Los informes explican al Rey y a su Consejo de Guerra que uno de los fuertes proyectados se podía construir en dos lugares, el primero era el señalado con el número 28, en la llamada Plaza del Toro, junto a la puerta del portillo, en la zona donde hoy día se encuentra la plaza de toros, porque era el sitio más alto de la ciudad, no había que derribar casas para construirlo y era el que con mayor facilidad podría ser socorrido desde Castilla por estar en el camino más importante que llegaba a Zaragoza desde esa tierra.

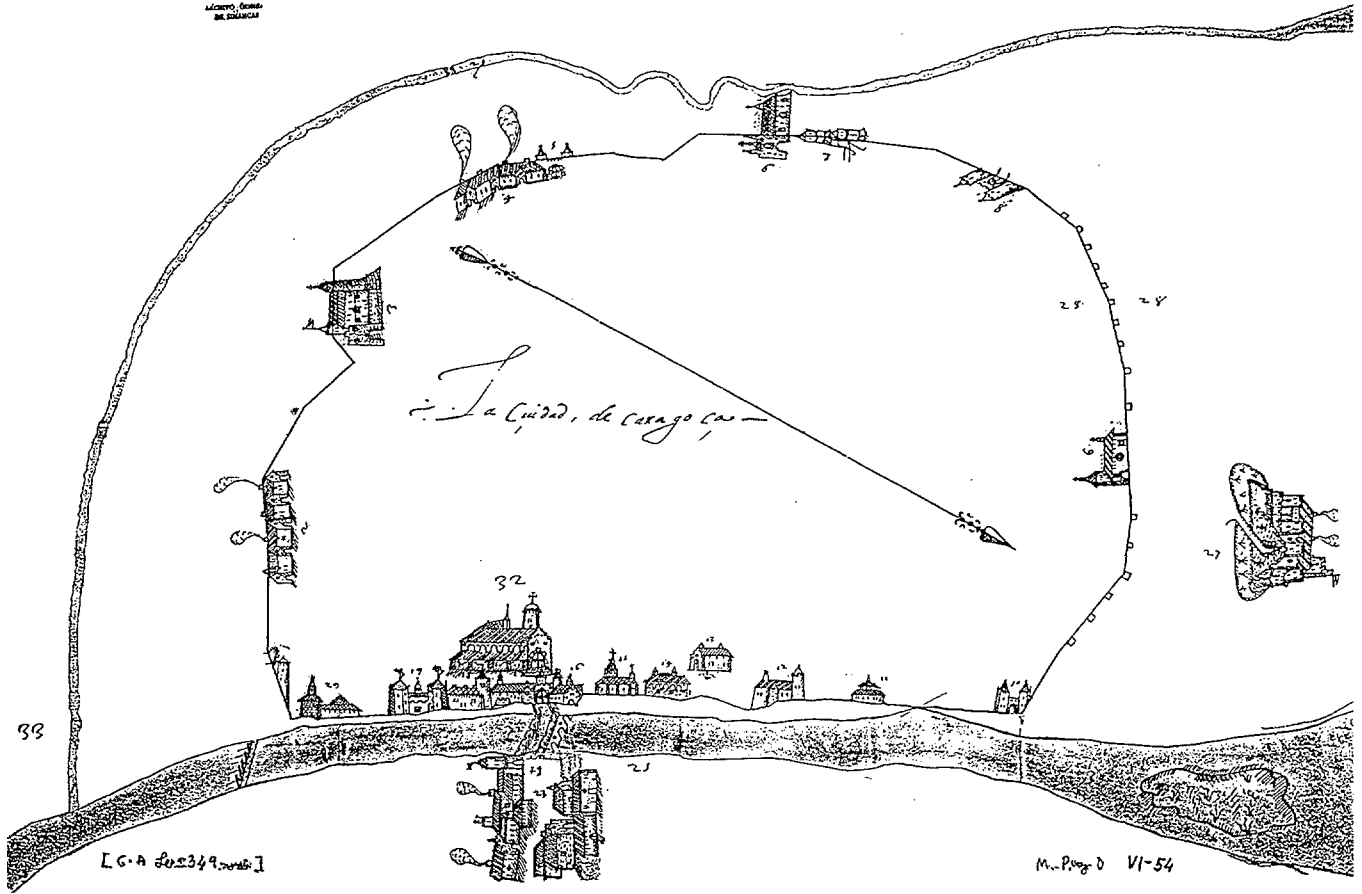
No podía ser atacado desde ningún padastro, es decir que ningún lugar alto estaba cerca como para resultar amenazador. Por otra parte, cumplía los requisitos de las ciudadelas pentagonales: dos baluartes daban hacia la ciudad y los otros tres hacia el campo. En definitiva, con todo esto y como decía el informe, se cumpliría así “uno de los puntos que se consideran en la fortificación, que el castillo esté situado en parte que mate y espante”.

Ese criterio a la hora de construir fortalezas fue siempre tenido en cuenta: no era sólo su fuerza material la que debía ser cuidada a efectos prácticos, sino también esa otra fuerza que actuaba sobre la percepción y que llegaba a los sentidos de inmediato, esa capacidad de recordar la muerte y el espanto que podían producir las máquinas de guerra que en definitiva eran las fortificaciones.



En esta primera opción se contempló además la conveniencia de minar y volar la casa del Santo Oficio, es decir el palacio de la Aljafería, comenzando por la torre llamada del alcaide por ser el lugar más fuerte. La segunda posibilidad trasladaba la construcción del fuerte pentagonal, señalado con la letra A, al llamado campo de la “Guerba” (por el río Huerva), señalado en el plano con el número 35, al otro costado de la ciudad, cerca del río y alejado 300 pasos de sus límites, lugar también fácil de socorrer. No se podía poner más cerca porque entonces hubiera habido que derribar dos monasterios, el de las monjas del Santo Sepulcro y el de San Agustín, aparte de que hubiera quedado en lugar bajo, así que el único lugar en alto era el citado, a esos trescientos pasos de la ciudad. El otro fuerte, el señalado con la letra B, de cuatro baluartes, se situaría en el lugar señalado con el número 25, al otro lado del río, en una zona que dominaba los principales edificios de la ciudad, pero en este caso habría que derribar casas y hacerlo de mayor altura que la habitual para que controlara el puente. Se pensó en una alternativa que fue la de construir un baluarte pegado al puente. Cualquiera de las dos soluciones en este lugar del puente tenía como finalidad guardar el paso del río, defender el

Proyectos de fortificación realizados como examen por el capitán Pedro Ochoa de Leguizamo. 1596. Archivo General de Simancas.



burgo, impedir la llegada de ayuda desde la montaña y controlar el puente de piedra, la lonja (nº 16), las casas de la Diputación (nº 17), las del conde de Aranda (nº 19), las del duque de Villahermosa (nº 22) y, en definitiva, todo el frente de la ciudad que miraba hacia el río.

En el lugar llamado San Juan de los Panetes (nº 12), se podría hacer un gran baluarte hacia el río, pero para que el sistema defensivo fuera completo habría que hacer otro baluarte grande hacia la parte del puente, todo lo cual obligaría a derribar casas principales y nada menos que la iglesia de Nuestra Señora del Pilar (nº 15) porque además, para completar el sistema, con estos dos baluartes irían otros tres más pequeños hasta formar un recinto defensivo. Encontramos por tanto la idea de una ciudadela de cinco baluartes (aunque imperfecta y dependiente de unos edificios preexistentes), pero, indica el informe, esto obligaría a “derribar la mitad de la ciudad”. A ningún castillo, se dice, se le puede llamar fuerte si no tiene ese número de baluartes, con cuatro es imperfecto y de tres sólo se hacen en Flandes, de tierra y fajina y sólo para tomar algún puerto o defender algún paso. De nuevo aparece aquí la experiencia de la guerra como primer argumento, que se une al de una teoría de la fortificación cada vez más codificada.

Por otra parte, cabe señalar que la idea de plaza fortificada, que en América se planteó en algunas ocasiones⁷, debía formar parte de la cultura arquitectónica y urbanística de este momento, ya que otra de las posibilidades ba-

Planta de la ciudad de Zaragoza. 1592. Archivo General de Simancas.

rajadas fue la de fortificar la plaza de la Iglesia Mayor (nº 32), utilizando para ello las bocacalles, la lonja y las casas de la Diputación, porque todas ellas estaban unidas por arcadas.

El ingeniero Tiburzio Spanoqui había salido para Zaragoza -el 20 de febrero de 1592 se indica que ya está de viaje- con el encargo de que, aunque por el momento no se pensara en fortificar nada en dicha ciudad, se informara bien, y por supuesto “con disimulación”⁸, de en qué lugares se podría hacer algo y de manera especial de lo que se podía hacer en la Aljafería, haciéndola crecer hacia el río y la ciudad. Se ordenaba desde la Corte que el dinero enviado para las fortificaciones debía gastarse por “medio y mano de Tiburcio Spanoqui” en cuanto llegara. Reflejo de los conflictos habidos entre militares e ingenieros es que el Consejo de Guerra, por mediación de Andrés de Prada -secretario del Consejo- y por orden del Rey, no olvida recordar al capitán general, don Alonso de Vargas, que Spanoqui debe ser tratado bien, “haziendo de su persona la confianza que merece”.

De momento quien estaba allí era otro ingeniero, Ambrosio de Urbino, que procedía de Bretaña, ocupándose de las obras más urgentes de fortificación, no sólo en esa ciudad sino en otros lugares del reino. Este ingeniero no podía encargarse de la fortificación de Zaragoza, y por ello esperaban que de un día a otro llegara Spanoqui, porque Urbino era un ingeniero que había servido en Francia, por lo que por el momento no se podía tener con él la confianza suficiente y “es bien yr con ese recato”⁹. El problema de los ingenieros militares extranjeros al

ses podía convertirse en fortaleza, eso sí, siempre que no faltara el dinero.

En un informe posterior de don Alonso de Vargas ¹² -miembro del Consejo de Guerra y Capitán General- se indica en cambio que el tiempo sería de dos meses y medio o tres, y el coste de 60.000 ducados según estimación de Spanoqui, lo que a Vargas le parece excesivo, teniendo en cuenta que sólo se iban a hacer cuatro baluartes. De hecho él era de los que opinaban que hubiera sido mejor una fortaleza de cinco baluartes en el Campo del Toro. El informe definitivo de Spanoqui efectivamente decía eso sobre el coste y el tiempo ¹³, y en ambos informes se señalaba como positivo que no iba a ser preciso derribar la iglesia de Nuestra Señora del Portillo. A todas estas gestiones y opiniones se sumaba un grave problema político, ya que la ciudad no era precisamente favorable a una intervención militar que mediante una nueva construcción transformara su vida para siempre. Para tratar de estas cuestiones hubo un militar que al parecer consiguió lo aparentemente imposible, como fue el poner de acuerdo a todos los afectados: el encargado de notificar a los Jurados de la ciudad de Zaragoza lo que era necesario para fortificar la Aljafería fue don Francisco de Bobadilla, maestre de Campo General ¹⁴. Les informó que no se iban a hacer dos fuertes en la ciudad por los grandes servicios hechos por ésta a la Corona, y que serviría para tener en un solo lugar a toda la gente de guerra, de cuya presencia se habían quejado los vecinos ¹⁵.

Informó asimismo de que Spanoqui había hecho el primer proyecto, incluyendo unas torres en el río, y Jerónimo de Soto iba a ir a la Corte llevando la relación de todo, de donde volvería inmediatamente trayendo la resolución de lo que había que hacer. Por lo que se refiere al lugar elegido finalmente, y que afectaba a una institución tan poderosa como la Inquisición, decía Bobadilla que al tiempo que se había atendido a las necesidades de espacio para los inquisidores se había planificado también espacio suficiente para los soldados.

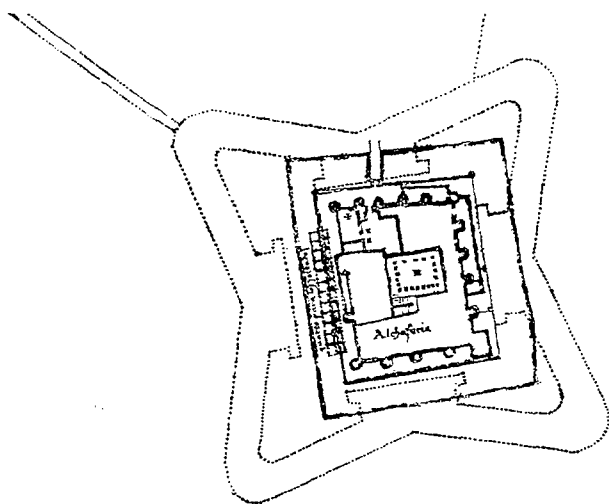
Ahora se decía que iban a ser cuatro los meses necesarios y que durante la construcción iban a tener que estar en el burgo de la ciudad ochocientos soldados, de los cuales doscientos irían cada día de guardia a la Aljafería. Los Jurados de la ciudad se mostraban dispuestos a aportar ladrillo y materiales, así como todo lo que fuera necesario para la obra, entre otras cosas porque don Francisco de Bobadilla les había dicho que cuanto antes se acabara esa obra, antes saldría el ejército de Aragón.

No debió estar tan claro todo esto desde el principio, ya que en febrero de 1593 Bobadilla comunicó al Rey que, por haber sido vistos él y el ingeniero Spanoqui juntos y mirando la Aljafería, corrió el rumor por la ciudad de que se iba a fortificar, con la consiguiente alarma. Tuvo que hablar con los Jurados, llevándoles una memoria del maestro de obras Marco Mañari

(Marcos Manaria se le llama en otros documentos) para que consiguieran los materiales que iban a ser necesarios, y asegurándoles que “mal se podrá dezir que era ofensa de una ciudad de diez mill hombres dexar en una cassa ordinaria y fuera de la ciudad 200 hombres”. Habló también con los Diputados que entraron mejor en razón, “como gente más sosegada” que eran, pero consideraba conveniente que el Rey escribiera a unos y a otros para decirles que confiaba en ellos y pedirles ayuda para las obras ¹⁶. Por toda su gestión con los Jurados, Bobadilla recibirá la felicitación del Rey.

LA OBRA

Había desde hacía siglos un edificio, bello y cargado de historia. En él tenía su sede la Inquisición. No debió ser fácil conjugar estos puntos de partida con las necesidades militares. En los informes de Francisco de Bobadilla se adelanta



Traza de Spanoqui para el castillo de la Aljafería. 1592. Archivo General de Simancas.

ya que dos de las cuatro cortinas iban a apartarse de la obra construida, dando lugar a dos plazas de armas. Las otras dos iban a pegarse a lo preexistente, eso sí, terraplenándolas tal como exigía la fortificación abaluartada, correspondiendo una de ellas a una sala grande y la otra al jardín.

Todo estuvo bajo la responsabilidad de Spanoqui, que había sido nombrado superintendente de las obras de los castillos de Aragón el 29 de abril de 1592 ¹⁷, y durante todo el proceso de fortificación de la Aljafería tendrá que compaginar estas obras con la dirección de las de Jaca, Canfranc o Verdun.

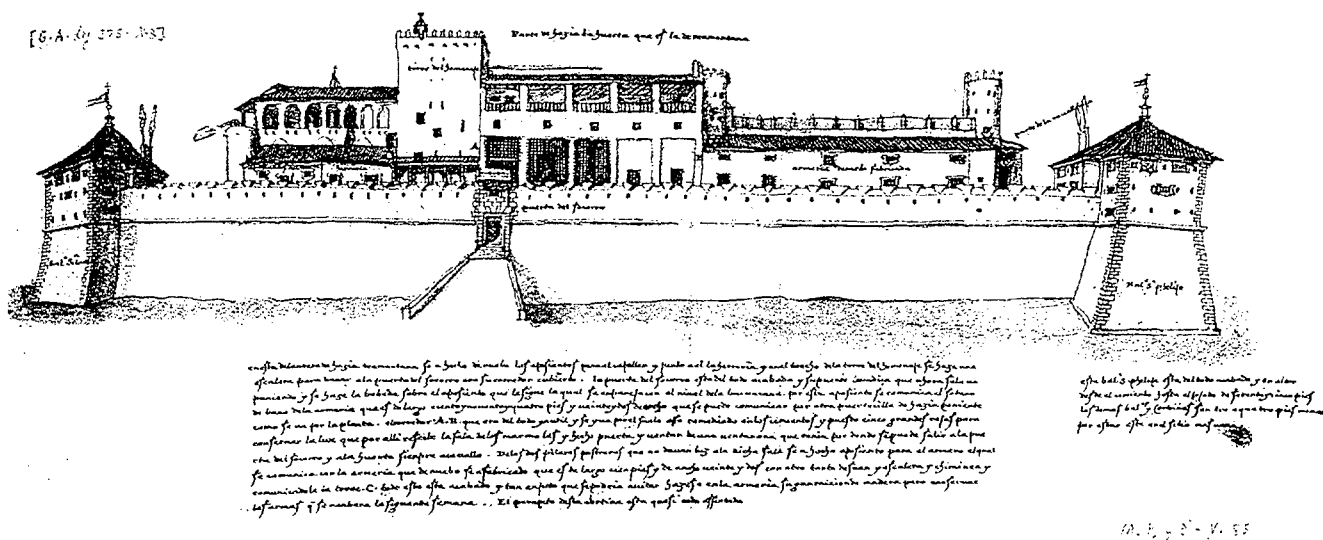
Desde Huesca don Alonso de Vargas envió canteros (dice que los que pudo encontrar) a Zaragoza, para que trabajaran en las obras de la Aljafería, en marzo de 1593 ¹⁸. El recinto estaba ya cerrado en julio de ese año, cuando el maestro mayor de la fábrica, Marco Manaria, da una relación de los ladrillos y otros materiales empleados en los cuatro baluartes y cortinas. La obra se había contratado a destajo (despidiendo a los peones y oficiales de cantería) con cuatro “obreros de villa” y, junto con el maestro mayor, habían trabajado también Tomás de Obón

como segundo maestro y Diego de Ortega. Todo el proceso había sido supervisado por Spanoqui, quien se declaraba satisfecho del trabajo realizado por el maestro mayor. Fue el ingeniero el responsable asimismo de la decisión de hacer la obra a destajo. Faltaban no obstante algunos remates tan importantes como acabar la puerta principal, hacer la balaustrada y tallar las Armas Reales para ella.¹⁹

En otro informe algo posterior se detalla todo lo que falta, indicando los precios de los materiales en Zaragoza. Spanoqui insiste en la necesidad de reforzar algunas zonas para poder soportar el peso y el ruido de la artillería, todo ello acompañado con un dibujo muy sencillo del perfil de la fortaleza. El 22 de julio de 1592 había mandado la traza general del castillo, en cuya planta se aprecia cómo superpondría la fortaleza abaluartada a lo preexistente, indi-

transformar algunos de los espacios de la Inquisición. Se hizo una nueva armería, una nueva fuente, la capilla llamada de San Jorge se convirtió en almacenes para la gente de guerra, los alojamientos de los soldados habían ocupado las caballerizas y otros aposentos de los inquisidores que se usaban poco, pero para la casa del alcaide, el teniente y otros oficiales se habían utilizado las estancias que ocupaban el fiscal y el secretario de la Inquisición. Estos habían debido ceder esos espacios, trasladándose precisamente a los aposentos llamados de los mármoles.²⁰

Por los dibujos sabemos que se pretendió dar a la fortaleza una apariencia que mantuviera de alguna manera su imagen palaciega, de ahí sus baluartes concebidos como torres con chapiteles que podían recordar las de las casas del Rey, las molduras de las ventanas con unos sencillos



cando en qué zona se construirían los cuartos para los soldados, así como los espacios más importantes en el palacio de la Inquisición. Es en definitiva una suerte de envoltura fortificada que pretendía afectar lo menos posible a lo construido.

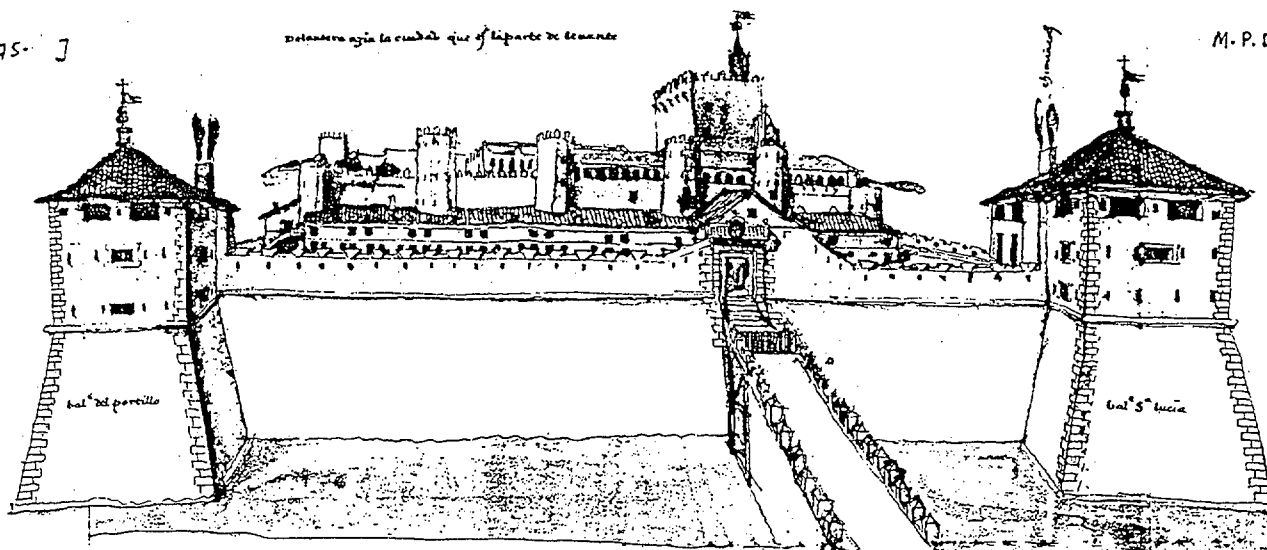
Como ya se ha apuntado, Spanoqui cuidó determinados aspectos: por ejemplo los aposentos llamados “de los mármoles”, que estaban debajo de la estancia del primer inquisidor, quedarían hermoseados tras su intervención según informa, aun cuando ésta parece que se iba a limitar a poner unos entresuelos. En los famosos dibujos de los alzados que envía en 1593, de una gran belleza, indica, en el de la “parte de hazia la huerta que es la de tramontana”, que ha puesto “grandes rejas para confirmar la luz que por allí rescibe la sala de los mármoles”.

Los textos que acompañan los dibujos explican tanto las obras emprendidas como el sistema de comunicación entre estancias. El caso es que la intervención del ingeniero no se limitó a crear unas cortinas y baluartes que envolvieran el primitivo recinto, sino que por fuerza debió

Dibujo de Spanoqui de la parte norte de la Aljafería. 1593. Archivo General de Simancas.

orejones, tan características también de la arquitectura cortesana, la puerta principal almohadillada y rematada con una pequeña balaustrada, en la que iban las armas reales, que resulta mucho más comedida que las de otras fortificaciones, más una puerta de alcázar real que de fortaleza de frontera. Los dibujos transmiten una imagen que aunaría las dos funciones que a partir de entonces iba a tener el edificio: un poderoso castillo con fines militares y un palacio en el que iba a seguir funcionando la Inquisición. Las cualidades de Spanoqui como dibujante, puestas de manifiesto a lo largo de toda su carrera²¹, tienen en estos dibujos una de sus más elaboradas cimas: probablemente lo construido nunca alcanzó la grandeza de su imagen.

En noviembre de 1593 el Rey consideró que las obras de la Aljafería estaban ya tan avanzadas que permitían la partida de Spanoqui hacia Jaca, donde era más necesario²². Sin embargo se siguió ocupando de ellas, pues faltaba por acabar aún la portada principal, así que en 1594 el Rey envió seis mil ducados para acabar ésta y otras obras menores que faltaban²³. To-



Al Bal del portillo perteneciendo al macerón de su edificio y ante siman y otros sucesos

al fuste de esta cortina estando asentado y acabado el aljofar de esta delantón los de la imposita según el bal del portillo están al macerón de los de Juanos

la portada está en alto de muros que se ve en el plano del que se sigue

los cuatro aljofares de los aljofares que caben en ella según el bal de la Cruz son al primer macerón, sobre lo

NOTAS

¹ Hermanos Albareda, *La Aljafería, datos para su conocimiento histórico y artístico y orientaciones para una restauración y aprovechamiento del edificio*. Zaragoza, 1955, pp. 101 y 102.

² A. Cámara, "Tiburzio Spannocchi, Ingeniero Mayor de los Reinos de España". *Espacio, Tiempo y Forma*. UNED, nº 2, 1988, pp. 77-91.

³ A. Cámara, "La ciudadela del rey en Jaca". *Signos. Arte y Cultura en Huesca. De Formente a Lastanosa. Siglos XVI-XVII*. Huesca, 1994, pp. 86-95.

⁴ Archivo General de Simancas (a partir de ahora A.G.S.), Guerra Antigua (G.A.), leg. 349, f. 180.

⁵ Ídem, M.P. y D. XXXVI-15 y 16.

⁶ Ídem, G.A., fol. 182.

⁷ V. Nieto y A. Cámara, "El arte colonial en Iberoamérica". Madrid, *Historia 16*, 1995, pp. 34-36.

⁸ A.G.S., G.A., leg. 349, f. 185 y 184.

⁹ Ídem, f. 272.

¹⁰ Ídem, leg. 355, f. 95.

¹¹ Ídem, leg. 361, f. 559.

¹² Ídem, leg. 354, f. 101.

¹³ Ídem, f. 105.

¹⁴ Ídem, leg. 357, fols. 174, 175, 176, 177, 179, 180, 183, 559.

¹⁵ Ídem, fols. 536 y 537.

¹⁶ Ídem, leg. 371, f. 244.

¹⁷ Ídem, Contaduría Mayor de Cuentas, Segunda época, leg. 398. Son las cuentas de Juan de Arredondo, de la casa de la Aljafería, entre 1595 y 1596, estando a cargo de Tiburcio Spanoqui las órdenes y libranzas.

¹⁸ Ídem, G.A., leg. 372, f. 24.

¹⁹ Ídem, leg. 375, fols. 1-5 y 169. Son los documentos que acompañan a los cuatro dibujos de la Aljafería realizados por Spanoqui. Se especifican todas las hiladas de ladrillo -tanto de largo como de grueso y de alto- de los torreones y cortinas realizados, así como el "migajon cal y guijarro que

Dibujo de Spanoqui de la parte de levante de la Aljafería. 1593. Archivo General de Simancas.

se a puesto en ellas y en los contrafuertes". Referencias a la puerta también en leg. 398, f. 27.

²⁰ Ídem, leg. 380, f. 196.

²¹ Sobre la importancia del dibujo en la práctica de la profesión de ingeniero, A. Cámara, "El dibujo en la ingeniería militar del siglo XVI". *A Distancia*. UNED, octubre de 1991, pp. 24-50.

²² A.G.S., G.A., leg. 384, f. 264.

²³ Ídem, leg. 398, f. 352 y leg. 402, f. 25.

²⁴ Ídem, leg. 468, f. 48.

²⁵ Ídem, leg. 488, fols. 305 y 306.

²⁶ Ídem, leg. 407, f. 117.

²⁷ Ídem, leg. 406, f. 109. Las críticas a Spanoqui en leg. 405, f. 169: "el caballero Tribuño a echo lo que a querido en el rrepartimiento de los treinta mill Ds. y escribe con gran facilidad lo que se le antoxa. ansi temo que si no se rreforma que no abemos de tener buena correspondencia y obligarme a escribir más largo en sus cosas pues es mui arrimado a su opinión y a adbitrar quando se le ordena" (El duque de Alburquerque al Rey, el 25 de septiembre de 1594).

²⁸ H. Albareda, *op. cit.*, p. 162.

²⁹ Ídem, Secretaría de Guerra, leg. 5775. Estos planos se encontraban entre los que se guardaban en el archivo de la Dirección de Ingenieros. Planos del año 1706 se conservan en el Servicio Histórico, con las signaturas 2016/Z-M-5/9 y 10. Las plantas de Miguel Marín en 1757 fueron publicadas por F. Íñiguez Almech para ilustrar su discurso en el VI Pleno del "Colegio de Aragón" el 22 de mayo de 1951: F. Íñiguez Almech, *Así fue la Aljafería*. Zaragoza, 1952.

³⁰ P.J. Sobradiel, "Intervenciones del Cuerpo de Ingenieros del Ejército en el Castillo de la Aljafería de Zaragoza durante el siglo XIX". *Artigrama. Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, nº 10, 1995, pp. 121 y ss.

³¹ Archivo General Militar. Segovia 3/5/leg. 65. Hay un plano de 1916, del coronel ingeniero Benito Sánchez, en el que se aprecian los cuatro pequeños baluartes. En 1919 se autoriza al Director del VIII Congreso de Arquitectos a reproducir planos y detalles del castillo de la Aljafería de Zaragoza, con objeto de que formaran parte del "Repertorio artístico de España". Hay también noticias de reparaciones en 1920.

³² F. Bordejé, "Conferencia del Excmo. Sr. D. Francisco Íñiguez Almech, sobre el castillo de la Aljafería de Zaragoza". *Asociación española de Amigos de los Castillos*. Año III, julio-agosto-septiembre 1955, nº 10, p. 111.